

# Programa de Formación Permanente

2019 Creadores de comunión

## 1. La Koinonía en Lucas





**COMUNIÓN Y PARTICIPACIÓN.  
ACTITUDES DEL DISCÍPULO DE JESÚS EN LA OBRA  
LUCANA  
Y REPERCUSIONES PARA LA COMUNIÓN  
AGUSTINIANA EN LA ACTUALIDAD**

**INTRODUCCIÓN**

La ‘comunión’ o ‘participación’ es uno de los cuatro pilares con los que el libro de los *Hechos de los Apóstoles* caracteriza la vida práctica del cristianismo primitivo. Con ella describe una forma de vivir que distingue, en general, al cristianismo encarnado en un mundo determinado por una cultura de clases sociales fuertemente marcadas por la posesión del poder económico, las riquezas y el prestigio.

Comunión y participación de todos los bienes, tanto materiales como espirituales, hacen parte de las costumbres de quienes aceptan el mensaje del evangelio de Jesucristo; y no se está exento de esta práctica ni siquiera en la vida eremítica, cenobítica o monástica más radical. Al contrario, el monje, el eremita que vive ante los ojos del mundo en situación de contemplación y aislamiento porque se ha retirado a lugares desérticos, es buscado por muchos para que les haga partícipes de los bienes espirituales, producto de su contemplación y vida ascética

y penitente. A él se encaminan para que les transmita su forma de vida, pedirle consejo y buscar orientación en sus problemas e inquietudes.

La obra de Lucas (*Evangelio y Hechos de los Apóstoles*) plantea de muchas maneras el género de vida de la comunión y participación a las comunidades a las que, explícita o implícitamente, está dirigida.

En las siguientes páginas, nos acercaremos al tema mediante la lectura de diversos textos en dos perspectivas. En primer lugar, centrándonos en *Hechos de los Apóstoles*, advertiremos en sus sumarios que la comunión y la participación de los bienes integran el ideal de vida cristiana en comunidad. A continuación, examinaremos algunos textos del evangelio que nos proporcionan elementos para la práctica de esa comunión y participación hoy.

Recorreremos nuestro camino en tres momentos. Inicialmente un breve acercamiento al significado de la palabra *koinonía* para establecer su sentido semántico. Luego examinaremos los textos de *Hechos de los Apóstoles*. Por último, analizaremos esos textos representativos del *Evangelio de Lucas* que describen puntos concretos de especial relevancia en la espiritualidad agustiniana.

Como conclusión, precisaremos los cuatro pilares que se encuentran en la lectura de los sumarios sobre la vida de la primera comunidad cristiana como ideales existenciales. Ellos inspiraron a nuestro padre san Agustín en su iniciación a la vida monástica y deberán seguir haciéndolo para los agustinos recoletos en la actualidad.

Convine aclarar que no entraremos en detalles y disquisiciones de alto nivel exegético, dado que nuestro propósito se ciñe a suscitar reflexiones y actitudes vitales en relación con el tema que nos ocupa.

## I. ACERCAMIENTO TERMINOLÓGICO

*Koinonía* es un sustantivo griego que tiene como raíz primitiva el verbo *ejoo*, que significa ‘tener’, y su compuesto *metejoo*, significa ‘participar’. Ambos términos aluden a los individuos que o bien gozan de la posesión de un bien o bienes diversos, o bien disfrutan de la participación de dicho bien o bienes. Serían los necesitados. *Koinonía*, por tanto, centra su atención en lo común y, solo en un segundo momento, en los individuos involucrados en la participación.

Los sustantivos *koinonós* y *métojos* expresan, además, una solidaridad que no consiste solamente en un tener, sino que requiere de una participación activa. Significan entonces colaboración, ayuda.

En resumidas cuentas, ambos vocablos no indican pasividad, sino más bien actividad, pues quien participa de sus bienes ofrece de lo que posee. Pero el beneficiado recibe un bien como una gracia para incorporarse a una determinada actividad.

De otra parte, conviene puntualizar que *koinonía* es un término que emplea particularmente san Pablo en sus cartas y que Lucas asume en sus escritos como una actitud típicamente social que debe caracterizar sus comunidades.

Para un mayor provecho de lo que se explica en adelante, se sugiere hacer una lectura pausada del texto referido y, en lo posible, tenerlo delante para consultarlo con frecuencia.

## II. HECHOS DE LOS APÓSTOLES

En la obra de Lucas, el término *koinonía* se encuentra en Hch 2,42-43. Esta perícopa es uno de los tres llamados sumarios –resúmenes genéricos de hechos concretos– en los que se describe el ideal de la vida de las primitivas comunidades (cf. Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16).

El núcleo central de estos sumarios es el v. 42 del capítulo segundo, que se desarrolla en los otros dos. Dicho versículo reza así:

Eran perseverantes en:  
la enseñanza de los apóstoles –didajé–,  
la comunión –koinonía–,  
la fracción del pan –klasei tou arton– eucaristía.

La *didajé*, la *koinonía* y la *eucaristía* son las tres actividades fundamentales de la comunidad después de Pentecostés<sup>1</sup>. Nos detenemos en la segunda.

En los otros dos sumarios se explica cómo la *koinonía* tiene dos dimensiones. La subjetiva: “Tenían un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32); es decir, constituían un solo cuerpo manifestado en la unión de corazones, de pensamientos, de sentimientos alrededor de la misma fe. La objetiva, por su parte, se describe en tres acciones concretas expresadas en actitudes que llamaban la atención en el mundo cultural y profano de la época:

- Tenían todo en común, pues vendían sus posesiones y sus bienes (cf. Hch 2,44-45). Todo era común entre ellos (cf. Hch 4,32). Todos los que tenían campos o casas los vendían y ponían el importe a los pies de los apóstoles. La comunidad de bienes se refiere a propiedades que no se vendían y eran de todos, o a aquellas que se vendían y el dinero obtenido se entregaba a los apóstoles.
- Se repartía a cada uno según su necesidad (cf. Hch 2,45; 4,35).
- No había ningún necesitado entre ellos (cf. Hch 4,34).

Esta comunidad o comunicación de bienes no es un comunismo radical, ya que se seguía dando la propiedad privada. Pero ahora se cuenta con un nuevo ideal: el

---

<sup>1</sup> En la conclusión veremos que se agrega también la palabra *diakonía*, que abarca el servicio manifestado en la curación y sanación. Véanse Hch 5,12-16; 6,1-7.

de participar y socorrer con esos bienes a los más necesitados. Algunos autores lo han descrito con la expresión “comunismo religioso basado en el amor” (Troeltsch)<sup>2</sup>.

En otros lugares de Hechos, y en las mismas comunidades, se destaca igualmente la voluntariedad de las ofrendas y la ayuda a comunidades que se encuentran en situaciones de extrema pobreza y necesidad. Baste citar la colecta organizada por las comunidades de Macedonia a favor de la Iglesia de Jerusalén, que pasaba por estrecheces apremiantes (cf. 2 Co 9); o la ayuda enviada por los filipenses a Pablo en varias oportunidades (cf. Flp 4,10-20).

Esta comunión y participación de bienes indica una doble dimensión en relación a la pertenencia. En cierto modo, quien da de sus bienes integra a la comunidad a quien los recibe. Es decir, se participa en ellos porque se pertenece a la comunidad.

### III. EL EVANGELIO

Dentro del estudio sistemático de la obra de Lucas se aborda primero el Evangelio, ya que cronológicamente así ha procedido el autor, tal como se desprende del clarificador prólogo de Hechos:

El primer libro lo dediqué, Teófilo, a todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue levantado a lo alto (Hch 1,1-2).

El Evangelio recoge, entonces, lo que Jesús *hizo* y *enseñó*. Hechos, por su parte, trata de mostrar la manera como los creyentes en Cristo difunden y, sobre todo, viven la enseñanza de Jesús. Una forma de expresarlo es, como se ha dicho, en los sumarios.

En este apartado nos acercaremos a algunos textos que estimamos sugerentes y de mayor representatividad en relación a la *koinonía*. El orden en que se presentan seguirá el ofrecido por el evangelista en su narración.

#### **a) Recomendaciones a los discípulos (cf. Lc 9,1-5) y a los setenta y dos (cf. Lc 10,1-12)**

En este evangelio encontramos dos misiones, una dirigida a Israel (cf. Lc 9,1-5) y otra, a las naciones (cf. Lc 10,1-12). Una lectura atenta de ambas perícopas permite advertir ciertas diferencias, pero también muchos paralelismos.

En la primera, Jesús convoca a los doce y los dota de autoridad y poder sobre los demonios y enfermedades, enviándolos a proclamar el Reino de Dios. Para ello les da unas indicaciones concretas cargadas de significado: “No toméis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni plata; ni tengáis dos túnicas para el

---

<sup>2</sup> Cf. J. Schattermann, “(κοινωνία) Solidaridad”: L. Coenen, E. Beyreuther y H. Bietenhard (dirs.), *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, IV, Sígueme, Salamanca 1990, 231.

camino” (Lc 9,1-2). En parecidos términos se dirige a los setenta y dos en la segunda: “No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias” (Lc 10,4).

Ambas referencias denotan una pobreza que ha vivido, en primer lugar, el mismo Jesús, quien, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Co 8,9). La pobreza de quien además solo confía en Dios, como Jesús confía solo en el Padre. Es la exigencia de desprendimiento de uno mismo y de las cosas y riquezas que aparentemente le pertenecen.

Cada uno de los elementos citados para el viaje representan un valor del cual es necesario desprenderse. El bastón indica apoyo y defensa. La alforja es el depósito para llevar provisiones, la reserva para atender la necesidad de alimento u otros menesteres cuando se avanza en el camino. Esta ausencia significa tener confianza y desprenderse de seguridades aún necesarias para caminar.

Asimismo, en las dos instrucciones se menciona el lugar de destino: “Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta que os marchéis de allí” (Lc 9,4) “Permaneced en la misma casa, comed y bebed lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No vayáis de casa en casa” (Lc 10, 7). La casa es el lugar teológico donde y desde donde se evangeliza, así como la zona en la cual quienes buscan al discípulo lo pueden encontrar y donde este da razón de su fe. En la casa se comparten los bienes que allí se encuentran, comenzando por los más básicos: hospedaje, comida y bebida.

La ciudad como lugar externo puede acoger o rechazar a los discípulos. Cuando no sean aceptados, “salid de aquella ciudad y sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos” (Lc 9,5). Paralelamente, “en la ciudad en que entréis y no os reciban, salid a sus plazas y decid: ‘Sacudimos sobre vosotros hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a nuestros pies’” (Lc 10,10-11). Sacudirse el polvo es el gesto judío de quien ha estado en una ciudad infiel y no quiere contaminar la fiel. De igual modo, es un acto de denuncia que indica cómo en esa ciudad se rechaza el mensaje, permaneciendo infiel y pagana. El gesto señala que el evangelio implica un desprendimiento del mundo pagano y sus compromisos.

Casi sin percibirlo, en estas consignas de Jesús a sus discípulos se sugieren dos condiciones propias de la *koinonía*: el desprendimiento y la confianza absoluta en quien envía, que es el mismo Jesús, además de la fidelidad al mensaje, apartándose de todo lo que pueda contaminar la fe.

#### **b) El verdadero tesoro (cf. Lc 12,21.33-34)**

El v. 21 dice: “Así es el que atesora riquezas para sí y no se enriquece en orden a Dios”. Es la conclusión de la parábola del hombre rico que acumula la cosecha en graneros sin saber que esa misma noche le pedirán cuentas. Parece ser también una introducción a Lc 12,33-34:

Vended vuestros bienes y dad limosna. Hacedos bolsas que no se deterioran, un tesoro inagotable en los cielos donde no llega el ladrón ni la polilla corroe; porque donde esté vuestro tesoro allí también estará vuestro corazón.

Estos dos versículos advierten sobre las riquezas acumuladas y no participadas. La exhortación a hacer limosna como señal de comunión y participación es un rasgo característico de todo el evangelio de Lucas (cf. Lc 3,11; 5,11.28; 6,30; 7,5; 11,41; 14,13.33; 16,9; 18,22). Con ella se participa de los bienes en un mundo injusto. De hecho, la palabra hebrea que designa la limosna (*sedaqah*) significa también justicia. En términos bíblicos, no es justo que unos posean bienes y otros, por el contrario, vivan en indigencia, ya que todos somos hijos de Dios.

La limosna adquiere verdadero sentido cuando se relaciona con la sobriedad y austeridad. Se trabaja y se consume para vivir, y no se vive para trabajar y consumir, pues nos haremos esclavos del trabajo, y el acumular para consumir de modo egoísta y excluyente, como se difunde en nuestros días, conduce a un acopio exagerado de bienes que choca con aquellos que nada tienen y no pueden cubrir sus necesidades más elementales.

Finalmente, el verdadero tesoro del que habla el evangelio paradójicamente no radica en el tener, sino en el dar, ya que el que da al pobre le devuelve a Dios de lo mismo que él previamente nos ha dado (cf. Prov. 19,17).

### **c) Los primeros puestos (cf. Lc 14,7-13)**

El capítulo decimocuarto de este evangelio muestra una ubicación espaciotemporal bien concreta. Jesús va a comer a casa de uno de los jefes de los fariseos y además es sábado, día en que se deben cumplir muchas prescripciones legales (cf. Lc 14,1). Tras curar a un hombre hidrópico (cf. Lc 14,3-6), la escena cambia al ámbito de la comida para recoger, en forma de parábola, ciertas parénesis exclusivas de Lucas que se desarrollan en dos momentos.

En un mundo obcecado por las apariencias y deseoso de ocupar los primeros puestos, Jesús recomienda permanecer en los que no se destaque sobre los demás. De esta manera se podrá acceder a lugares superiores por méritos y no por apariencias.

El v. 11, que concluye esta primera parte, trasmite una frase sapiencial que el *Evangelio de Mateo* coloca en otro contexto (cf. Mt 23,12) y que nos lleva a pensar en el Magníficat: “A los humildes los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos” (Lc 1,53). Es lo que ha hecho el mismo Jesús: siendo de condición divina, se vació, se hizo pobre, sometiéndose incluso a la muerte, y por eso obtuvo un nombre sobre todo nombre (cf. Flp 2,5-11).

La segunda parte (cf. Lc 14,12-14) versa sobre el fariseo que había invitado a Jesús. Lo exhorta a fijarse en los que no tienen bienes y no pueden responder a las consideraciones o favores por su misma condición social. Los intereses terrenos de

ser correspondidos en este mundo se trasladan a la vida eterna, donde se obtendrá la verdadera recompensa. Se invita, por tanto, a renunciar a los bienes terrenos para heredar los futuros.

En este pasaje encontramos dos elementos más de la *koinonía*. No buscar ni ponerse ni en los primeros puestos ni en los últimos, sino en el lugar que le corresponde a cada uno. Estar con todos, renunciar a las aspiraciones vanas, dejar de lado los protagonismos que dan las posesiones y el poder.

De otra parte, dar sin esperar retribución. Los bienes no tienen una posesión absoluta, sino una función social. La bienaventuranza: “Serás bienaventurado, porque no te pueden corresponder, pues se te recompensará en la resurrección de los justos” (cf. Lc 1,14), es una característica de la *koinonía* entendida como solidaridad e identificación desinteresada con los últimos, como hizo Jesús.

#### **d) Condiciones para ser discípulo (cf. Lc 14,25-33)**

Caminaba con Jesús mucha gente y, volviéndose, se dirige a todos ellos (cf. v. 1). Siempre se ha comentado la expresión ‘odiar’ referido a personas que hacen parte del círculo familiar más próximo, personas que naturalmente suscitan los afectos de mayor ternura humana (el padre, la madre, la mujer, los hijos, los hermanos, las hermanas), y aun la propia vida. Pareciera como si se tratase de atentar contra la misma ley natural. En realidad, los comentaristas más eruditos coinciden en decir que se trata de un semitismo que se debe interpretar como un desprendimiento para gozar una disponibilidad absoluta hacia otra realidad.

No se trata, por tanto, de odios, sino de preferencias de los criterios de Jesús sobre los mismos lazos familiares. Es lo que la espiritualidad agustiniana ha traducido como *ordo amoris*. Ser discípulo exige la *koinonía* y esta, desprendimiento, renuncia, ruptura con los bienes materiales y preferencia del camino propuesto por Jesús. Recordemos que se ha leído que, cuando Jesús pronuncia el discurso, va caminando (cf. v. 1) y que este seguir prevalece sobre los lazos afectivos más íntimos.

El v. 33 reza así: “Pues de igual manera, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío”. Se trata de la conclusión de la extensa instrucción a sus discípulos iniciada en Lc 12,1 y que rompe con los esquemas legalistas de los fariseos.

#### **e) El buen uso de las riquezas (cf. Lc 16,1-13)**

En el capítulo decimoquinto, el evangelio nos presenta las parábolas de la misericordia y, en el decimosexto, el tema del buen uso de las riquezas. La mayor parte de este capítulo es exclusiva de Lucas. Se presenta como unidad temática con una aparente instrucción sobre la ley, los profetas y el divorcio, motivada por los fariseos, amigos del dinero, que se burlan de las enseñanzas de Jesús (cf. Lc 16,14-



18). Termina con otro relato no menos importante sobre el rico malo, en un contraste entre el buen uso y el malo de las riquezas (cf. Lc 16,19-31). Aquí consideramos la primera parte, la parábola del administrador infiel y sus aplicaciones (cf. Lc 16,1-13).

Otra vez se presenta a Jesús en un marco comensal. En esta ocasión no está con los fariseos, sino con los pecadores (cf. Lc 15,1) y los marginados, lo que suscita las críticas de escribas y fariseos (cf. Lc 15,2). En esta primera parte, que se podría llamar ‘el buen uso de las riquezas’, presenta al administrador que disminuye la deuda de los acreedores de su señor. A simple vista, y en una lectura superficial, pareciera un caso de corrupción de nuestro tiempo; pero la situación se aclara si lo pensamos en sentido alegórico, identificando al dueño de los bienes con Dios, verdadero dueño de todo, y al administrador con cada uno de nosotros.

Entendidas así las cosas, se nos invita a proceder como astutos y prudentes administradores, ya que también se ofende al Señor a través de las ultrajes que nos causan los demás y, en ese caso, mitigamos la deuda adquirida con él por medio del perdón y la misericordia.

*Koinonía* es, como conclusión de la lectura de este relato, ser administradores e intermediarios de la misericordia que el Señor ofrece continuamente a quienes, por nuestro medio, lo han ofendido. La parábola-alegoría muestra que Dios no nos da los bienes terrenos para disfrutarlos de forma egoísta y que, al mismo tiempo, ante la rendición de cuentas, debemos saber mediar la misericordia divina con quienes nos han ofendido y, por consiguiente, han disgustado al Señor.

#### **f) Zaqueo, ejemplo de *koinonía* (cf. Lc 19,1-10)**

El episodio de Zaqueo, exclusivo de Lucas, y el de la viuda pobre constituyen dos relatos emblemáticos de *koinonía* por la variedad de elementos que el autor incluye. Algunos de ellos resultan de especial significación si se aplica la lectura alegórica para percibir su valor teológico y espiritual.

En el relato anterior (cf. Lc 18, 35-43), Jesús se acerca a Jericó y cura a un ciego que estaba sentado junto al camino y pedía limosna. Este panorama contrasta con la descripción que se hace en este pasaje. Jesús ya se encuentra en Jericó, la ciudad donde comienza la toma de posesión de la tierra prometida, donde es salvada Rahab la prostituta que acoge a Israel (cf. Jos 2) y salvaguarda su vida junto con la de su familia. Zaqueo acoge a Jesús, verdadero Israel, en su casa y obtiene la salvación.

Conviene observar el proceso de conversión de Zaqueo para descubrir la *koinonía*. El mismo nombre ya es significativo, pues Zaqueo lleva a pensar en dos acepciones. Por una parte, significa ‘puro’, que contrasta con su ocupación (jefe de publicanos, grupo considerado indigno en Israel por su condición de servidumbre a un pueblo pagano). Por otra, su sentido se relaciona con la raíz hebrea *zakar*, traducándose por “Dios recuerda”, lo cual nos lleva a pensar que Jesús es el Dios

que se acuerda del pecador y lo conduce a la salvación. Así pues, a Zaqueo se lo considera puro por acoger la salvación (Jesús) en su casa con alegría (cf. v. 6).

Los movimientos del pasaje están llenos de contrastes. Zaqueo es de baja estatura. Alegóricamente podemos pensar que su nivel espiritual es bajo y, por lo mismo, no puede ver la salvación. Además, el gentío de sus ocupaciones e intereses se lo impide. Sin embargo, quiere ver a Jesús y se sube a un sicómoro (un árbol que es modesto, sencillo, y significa pobreza, humildad extrema). Desde allí puede ver a Jesús, o mejor, es este quien, llegando a aquel sitio, lo ve: “Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista le dijo: ‘Zaqueo, baja pronto, porque conviene que hoy me quede yo en tu casa’” (v. 5). Jesús alza la vista y ordena a Zaqueo que baje de su aparente superioridad, fundada en sus riquezas y posición social. Es este ritmo de subir y bajar el que refleja todo el proceso de conversión que se obra en Zaqueo a partir del encuentro con Jesús.

Ya se ha aludido a la acción de Zaqueo, que acoge a Jesús en su casa lleno de alegría. Conviene agregar que esta expresión lleva a pensar más allá. La casa no es solamente el lugar que se habita. También representa la acogida de su enseñanza y el hacerla vida, el llenarse interiormente de la instrucción del maestro, percibiendo su presencia interior.

No pasa desapercibida la indicación temporal que se pone en boca de Jesús: “Conviene que *hoy* me quede yo en tu casa” (v. 5). Este ‘hoy’ se refiere a ‘este día’, y de hecho así se expresa en el texto griego. No se puede aplazar este momento de salvación y urge acoger al Maestro.

En la segunda parte del relato se describe la reacción de Zaqueo, que ha acogido al Señor en su casa y es ahora un hombre convertido, un hombre que vive y pone en práctica la *koinonía*. Sin embargo, para que la situación sea aún más extrema, se relata igualmente la reacción de los asistentes, la de los fariseos y escribas, que murmuran. Esta actitud aparece en Lc 15,2 al comenzar las parábolas de la misericordia. Allí el motivo de la murmuración es que “Jesús acoge a los pecadores y come con ellos” (Lc 15,2). Ahora todos murmuran, porque la situación resulta todavía más escandalosa: “Ha ido a hospedarse en casa de un pecador” (Lc 19,7).

Y a continuación viene la reacción de Zaqueo:

Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: ‘Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más’ (Lc 19,8).

La acción de ponerse en pie supone que lo que va a decir es algo importante y reviste solemnidad. Algo que compromete a quien lo pronuncia. Por tanto, que se va a cumplir un verdadero compromiso. Pero también recuerda que quien es bajo de estatura en esta posición se manifiesta como una persona que ha crecido. Puede imaginar el lector el factor que produce dicho crecimiento: el encuentro con Jesús y su presencia en la casa (entendida en el sentido amplio anteriormente indicado).

‘Dar la mitad de los bienes a los pobres’ es compartir lo que se tiene. Recuerda el consejo al hombre rico: “Aún te falta una cosa. Vende todo cuanto tienes, repártelo entre los pobres y tendrás un tesoro en los cielos...” (Lc 18,22). Zaqueo comparte con los pobres sus bienes. Se cumple así el ideal de Lucas expresado en Lc 3,11: “El que tenga dos túnicas que las reparta con el que no tiene”.

Restituir lo defraudado devolviendo cuatro veces más supera las indicaciones de la ley, que obliga a devolver lo robado y a añadir un quinto más (cf. Lv 5,20-24). En Éx 21,37 se señala que ha de restituir el cuádruplo en caso de robo de un buey o una oveja, por tratarse de animales sumamente útiles, de los cuales se deriva el trabajo o el sustento.

La aprobación de Jesús a la acción de Zaqueo muestra el desenlace de la escena y, al otorgarle el título de ‘Hijo de Abraham’, lo proclama heredero de las promesas hechas por Dios; es decir, ‘heredero del Reino’.

El v. 10 (“Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido”) es como una segunda conclusión, relacionada con el capítulo de la misericordia. Dios quiere que todos encuentren la salvación recibiendo con alegría a Jesús en su casa y practicando la *koinonía*.

De este modo, Zaqueo es un ejemplo del proceso fiducial que lleva al ejercicio de la *koinonía* como consecuencia lógica de encuentro con Jesús; de acoger su palabra y su persona en todas las dimensiones personales internas y externas que se expresan en la comunión y participación en la comunidad, la Iglesia.

#### **g) La ofrenda de la viuda (cf. Lc 21,1-4)**

Zaqueo era un hombre rico que poseía muchos bienes, algunos adquiridos de formas poco honradas. Este relato de la ofrenda de la viuda en el templo nos lleva por senderos que manifiestan aún más la radicalidad de la comunión y participación.

El contraste comienza con el lugar donde se encuentra Jesús. Zaqueo está en Jericó, ciudad periférica y punto de entrada a la tierra prometida. A partir de Lc 19,24, Jesús llega a Jerusalén, lugar donde acaecerán los acontecimientos centrales de la misión de Jesús en su misión redentora, su pasión, muerte y resurrección.

Mas los contrastes no se acaban aquí. Esta breve escena plantea el colmo de la comunión. Unos ricos echan sus donativos en el arca del tesoro del templo. Seguramente generosos y de lo que les sobraba (cf. vv. 1.4). Una viuda pobre, por su parte, se acerca tímidamente para depositar apenas dos moneditas. Se destaca la condición social del personaje: viuda, es decir, sin apoyo social de un marido, porque ha fallecido, y pobre, porque sus recursos son en verdad escasos.

El centro del relato lo constituye la afirmación de Jesús: “De verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que nadie. Porque todos estos han echado como donativo de lo que les sobra. Esta, en cambio, ha echado de lo que necesita, de lo

que tiene para vivir” (Lc 19,3-4). Ha dado de su propia vida sin quedarse con nada. Lo ha dado todo.

La ofrenda en el templo de Jerusalén se destinaba a su sostenimiento y se interpretaba como un signo de comunión y participación en la fe del pueblo. La comunión mostrada por la viuda es total en el pleno sentido de la palabra. Su generosidad no se mide por la cantidad depositada en el cepillo, sino por su actitud de desprendimiento y entrega. Se descubre así su plena confianza en Dios. Elemento importante en la *koinonía*, donde el desprendimiento declarado en el compartir debe llevar no solo a una acción de ascesis personal, sino a una prueba de confianza plena en la providencia divina que rompe los moldes y esquemas de previsión y cálculos tan afines al mundo de hoy.

#### **h) Contra la ambición (cf. Lc 22,24-27)**

Llegamos a la parte final de nuestro recorrido. Elegimos para ello un texto insertado en un momento crucial, dado que el capítulo veintidós inicia la narración de la pasión. Nos situamos en la cena pascual, en la institución de la eucaristía (cf. Lc 22,14-20), a la que siguen el anuncio de la traición de Judas (cf. Lc 22,21-23) y las que podrían interpretarse últimas enseñanzas de Jesús antes de salir hacia el Monte de los Olivos.

Brinda la ocasión un altercado entre los discípulos enmarcado en un ambiente de máxima tensión, expresada por la decisión de los escribas y fariseos de hacer desaparecer a Jesús (cf. Lc 22,2) y por el anuncio de la traición de uno de los discípulos. El motivo de la disputa es el de quién de ellos parecía ser el mayor. La palabra que Lucas elige para designar este conflicto es *philoneikía*, que significa propiamente ‘amor a la victoria’. Como dato curioso, es un *hápax* neotestamentario y expresa el deseo morboso del ser humano de prevalecer sobre el otro, origen de las luchas y guerras entre los hombres, de protagonismos, exclusiones y divisiones.

Jesús indica que no ha de ser igual entre los discípulos que entre los reyes de las naciones, que dominan como señores absolutos, sino que el mayor ha de ser como el más joven y el que gobierna, como el que sirve (cf. Lc 22,26). Con la expresión “no así entre vosotros” se cambia la manera de pensar entre los discípulos de Jesús. El discípulo debe partir de la humildad, vaciarse, desprenderse de su egolatría para entregarse por amor, como lo va a hacer el Señor en su pasión y muerte de cruz. El Maestro nos señala el camino a la vida eterna.

Es significativa la construcción literaria. El mayor (*ó meizon*) entre vosotros sea como el más joven (*ó neóteros*) (es decir, como el menor). El que gobierna (*ó ejoumenos*), como el que sirve (*ó diaxoonon*). Es clara la contraposición de los esquemas del reino con los sociales y políticos del mundo de entonces y de ahora. Ambas expresiones conducen asimismo al centro de la *koinonía*.

Finalmente, lo dicho no se queda en un buen deseo o en una buena intención, dado que la presencia continua de Jesús garantiza la búsqueda sin cesar este ideal. “Yo estoy en medio de vosotros, recuerda el evangelista, como el que sirve” (Lc 22,27). Esta última expresión constituye el punto culminante y final de nuestra tarea, pues el ejemplo más grande de *koinonía* lo ha dado Jesús, Hijo único de Dios, en el misterio de la encarnación. Misterio que, al ser conocido por nuestro padre san Agustín, desencadenó todo el proceso de su conversión (cf. *conf.* VII,24-27).

### A MANERA DE CONCLUSIÓN

Hemos recorrido un camino inverso al realizado por Lucas en torno a la *koinonía*. El hagiógrafo expresa que primero ha escrito su evangelio y después los *Hechos de los Apóstoles* (cf. Hch. 1,1). Nuestro recorrido por algunas perícopas del evangelio que contienen elementos de comunión y participación ha descubierto que, al llegar a los *Hechos de los Apóstoles*, las descripciones de la vida de la primitiva comunidad cristiana apenas es la consecuencia lógica de lo expresado en la primera obra de Lucas.

La vida cristiana, el seguimiento de Jesús, tiene como fundamentos interdependientes y esenciales las cuatro dimensiones que ahora se pueden precisar con esas cuatro palabras griegas:

- *didajé* o enseñanza;
- *eucaristía* o acción de gracias, oración;
- *koinonía* o comunión, participación;
- *diaconía* o ministerio, servicio.

No son términos sueltos, sino dimensiones de la vida cristiana mutuamente relacionadas. Ninguna es más importante que las demás. Se trata de cuatro pilares en los cuales descansa el seguimiento de Jesús. Si se descuida uno, los otros se ven seriamente afectados.

De otra parte, en el acercamiento al libro de Hechos, más concretamente a sus sumarios, hemos percibido este ideal bajo sus cuatro dimensiones y, en la lectura de los pasajes quizá más significativos del *Evangelio de Lucas*, el itinerario para hacer realidad la *koinonía*.

Primero Jesús les dirige a los discípulos (cf. Lc 9,1-5) unas recomendaciones concretas. En la misión de los setenta y dos las repite con algunas variaciones, puesto que ya no es solo Israel el destinatario de la salvación, sino todos los pueblos (cf. Lc 10,1-12). El verdadero tesoro está en el desprendimiento de lo superfluo para adquirir lo único verdadero y fundamental (cf. Lc 12,32-34).

Además, en un mundo donde reina la apariencia y el deseo de brillar sobre los demás, debemos ocupar el puesto que nos corresponde como expresión de

humildad; es una actitud de comunión y servicio (cf. Lc 14,7-13). En términos agustinianos, debemos vivir el *ordo amoris*, ubicando en su debido puesto nuestros afectos, inclusive los que más nos inquietan como seres humanos, para ir en pos del que verdaderamente nos da la vida (cf. Lc 14,22-33). Dos ejemplos concretos de *koinonía*, Zaqueo y la viuda pobre, subrayan la viabilidad de hacer real en la vivencia cotidiana la comunión y participación.

Finalmente, la intervención de Jesús durante la última cena concluye con la promesa de su presencia en medio de la comunidad que, aceptando y viviendo el evangelio en las cuatro dimensiones ya citadas, camina hacia la patria definitiva en el inicio del peregrinaje desde el Jericó de nuestras circunstancias hasta la Jerusalén del cielo, donde el Padre nos espera lleno de amor con los brazos abiertos, como el ascendiente acoge a su hijo pródigo. “Estando todavía lejos, conmovido, corrió, se echó a su cuello y lo besó efusivamente” (Lc 15, 20).

### INDICACIONES BIBLIOGRÁFICAS

Dado que no se trata de un trabajo académico, se indican algunos materiales de apoyo para quien quiera proseguir la reflexión.

Aguirre Monasterio, R. y Rodríguez Carmona, A., *Evangelios Sinópticos y Hechos de los Apóstoles*, Verbo Divino, Estella 1994.

Eichler, J., “Solidaridad”: *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, IV, Sígueme, Salamanca 1990, 226-229.

Fausti, S., *Una comunidad lee el Evangelio de Lucas*, San Pablo, Bogotá 2017.

Fitzmyer, J., *The Gospel according to Luke*, I-II, Doubleday, New York 1985.

Mora Paz, C. y Levoratti, A., “Evangelio según san Lucas”: *Comentario Bíblico Latinoamericano. Nuevo Testamento*, Verbo Divino, Estella 2003, 468-588.

Oyin, A., “Lucas”: *Comentario Bíblico Internacional*, Verbo Divino, Estella 1999, 1245-1307.

Richard, P., “Hechos de los Apóstoles”: *Comentario Bíblico Latinoamericano. Nuevo Testamento*, Verbo Divino, Estella 2003, 1245-1307.

Schattenmann, J., “Koinonía”: *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, IV, Sígueme, Salamanca 1990, 229-233.

Taylor, J., “Hechos de los Apóstoles”: *Comentario Bíblico Internacional*, Verbo Divino, Estella 1999, 1379-138.

FR. JAIRO ORLANDO SOTO MORENO OAR  
*Convento Desierto de La Candelaria*  
*Ráquira (Boyacá, Colombia)*



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS  
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA